

porque es como una disposición del alma para introducir en ella la divina caridad, pero que tan luego como ésta toma asiento en el corazón, desaparece todo temor de pena. El temor servil de Dios es el principio de su amor, y el amor expelle dicho temor. (*Perfecta charitas foras mittit timorem.*)

Esto no es decir que dicha maravilla se obre de repente en el alma, sino que, como advierte San Agustín, el temor servil se va disminuyendo á medida que la caridad se aumenta, y cesa del todo dicho temor cuando el corazón se halla enteramente penetrado del amor de Dios, ó lo que es lo mismo, cuando la caridad es perfecta; que por eso el texto sagrado de nuestra Epístola, no dice simplemente: «*La caridad ahuyenta al temor, sino la caridad perfecta; porque el que teme no es perfecto en la caridad.*» (*Qui autem timet, non est perfectus in charitate.* (Verso 18.)

A la manera — dice el grande Obispo de Hipona — que en alguna labor de tapicería se hace primero entrar la aguja, para que después ésta salga y quede la seda ó la lana, formando el bordado; así por medio semejante entra primero en el alma la aguja del temor servil, y éste introduce en ella la caridad y permanece allí más ó menos tiempo y deja impresiones más ó menos profundas, á proporción que dicha caridad hace más ó menos progresos en el espíritu.

Por último, después de todo lo dicho, saca el Apóstol San Juan una consecuencia importantísima, que yo quisiera quedara para siempre grabada en vuestros corazones, á saber: «*Amemos nosotros á Dios, porque Dios nos amó primero. Y tened presente que si alguno dijere: Amo á Dios y aborreciere á su hermano, es mentiroso, porque quien no ama á su hermano que ve, mucho menos amará á Dios á quien no ve. Y este mandamiento tenemos de Dios: que el que ame á Dios, ame también á su hermano.*» (*Qui diligit Deum, diligit et fratrem suum.* Vers. 19 á 21.) He concluido.

Amemos, pues, á Dios por sí mismo y al prójimo por Dios; pues de este modo andaremos en caridad, estaremos en Dios y Dios en nosotros; nuestra confianza en el Señor será grande, no habrá jamás en nuestro corazón temores angustiosos, sino paz, dulce regocijo, y felicidad completa, cuanto es posible en esta vida, como preludio de las inefables delicias de la otra, que á todos os deseo por los siglos de los siglos. Amén.

## HOMILÍA 1.<sup>a</sup>

### Para el día del Corpus.

#### Sobre la Eucaristía.

**H**ERMANOS míos carísimos: La Iglesia nuestra Madre se ha dignado instituir esta hermosa festividad del *Santisimo Corpus Christi*, no sólo para instruirnos acerca de la *naturaleza, excelencia y efectos* del augusto Sacramento del altar, sino muy especialmente para mostrarnos cuánto nos ha amado nuestro divino Redentor Jesús y cuánto debemos nosotros amarle por tan fino, regalado y tierno amor. He aquí cómo San Pablo refiere tan asombroso misterio, en la Epístola de este día: «*Hermanos—dice—yo recibí del Señor lo que también os enseñé á vosotros, á saber: que el Señor Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre; haced esto, cuantas veces lo bebiereis, en memoria de mí; porque cuantas veces comiereis de este pan y bebiereis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga.*» (I Corint., XI, 23 á 27.)

Hasta aquí, amados míos, el grande Apóstol; y en verdad que basta fijarse algo en el sentido de estas misteriosas palabras para comprender el asombroso é inaudito amor con que Jesús nos ama. Esto es lo que me propongo mostraros en esta breve exhortación pastoral, y al efecto os explicaré dos cosas:

- 1.<sup>a</sup> El amor de Jesús en la institución de la Eucaristía.
- 2.<sup>a</sup> La necesidad que tenemos de corresponder á este amor.

#### PUNTO 1.<sup>o</sup>

##### AMOR DE JESÚS AL INSTITUIR LA EUCARISTÍA

Para formar una idea del amor infinito de Jesús en la Sagrada Eucaristía, basta considerar las circunstancias de su institución.

El gran Doctor de las gentes, escribiendo á los fieles de Corinto, y para que se fijen bien en ellas, les dice: «*Hermanos, lo que os voy á referir ahora y que ya os lo he enseñado antes, lo he recibido del Señor.*» (*Ego accepi a Domino.*) Como diciendo: «Es preciso que atendáis bien á las palabras que ahora van á pronunciar mis labios, para que se graben para siempre en vuestra memoria y jamás las apartéis de vuestra corazón; porque yo las he recibido, no de los hombres, ni de los ángeles, sino del mismo Jesucristo Señor nuestro, por revelación especial.»

¡Oh santo Apóstol! ¿Qué revelación es esa? ¿Qué es lo que vas á decir? Digo:—contesta—que «*el Señor, Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria mía.*» Lo cual ciertamente es como si el Apóstol respondiera:

Digo, que no un hombre cualquiera, no un pecador de este mundo, no un querubín del cielo, sino *Jesús, Dios y hombre verdadero, Señor* de cuanto tiene ser, *en la noche en que fué entregado...*, notadlo bien; en aquella noche memorable, en la víspera de su muerte, cuando los judíos fieros trataban de quitarle la vida, cuando le tenían odio satánico y estaban enfurecidos contra El..., entonces, *en aquella noche*, lleno su corazón de suave, tierno y dulce amor hacia ellos y hacia todos los hombres, piensa en quedarse en el mundo sacramentalmente, para servirnos de ayuda, de alimento y de consuelo á los mismos hombres en todas nuestras necesidades temporales y espirituales.

Digo, que *en aquella noche*, cuando Jesús veía cercana la traición de Judas, la negación de Pedro, la fuga de sus discípulos, la agonía y sudor de sangre en el Huerto, y el beso del infame traidor..., entonces determinó darse enteramente á ellos en comida y bebida, para que todos viviesen de El y por El hasta la consumación de los siglos y mucho más.

Digo, que *en aquella noche*, teniendo el divino Redentor ante su consideración los cordeles, las cadenas, los azotes, las bofetadas, las burlas sangrientas, los falsos testimonios, la sentencia de muerte, la corona de espinas, la cruz, los clavos y el Calvario..., entonces su amor elige aquel momento supremo para instituir el *Sacramento de su amor* y unirse íntimamente á los mismos que después, uno le venderá, otro le negará, otro no creerá en su resurrección, y todos ó casi todos le abandonarán.

Digo, que *en aquella noche*, sabiendo Jesús la comunión sacrí-

lega de Judas y que en la sucesión de los tiempos había de haber muchos Judas sacrílegos que profanarían su cuerpo y sangre sacratísimos, comulgando indignamente, y que otros impíos desalmados llevarían su osadía hasta el punto de escarnecerle, ultrajarle y aun arrojarle de su propio tabernáculo, entonces nada le detiene en su amorosa empresa, y cual si estuviera loco de amor por los hombres, lleva á cabo el portentoso acto de personarse realmente bajo las especies de pan y vino, para dejar á su Iglesia el eterno monumento de su amor infinito. ¡Oh divino Salvador Jesús! ¡Cuánto nos amas!

Esto, sin duda, quiso decir el Apóstol, haciendo ante todo notar que Jesús instituyó el Sacramento Eucarístico, precisamente *en la noche misma en que fué entregado. (In qua nocte tradebatur)*; ¡precisamente cuando los hombres le entregaban á la muerte, El se entregó á los hombres para darles vida!

¡Oh amor incomprensible! ¡Oh caridad inmensa de nuestro divino Redentor! Si á los Apóstoles les hubiera sido dado entonces penetrar en el Corazón amantísimo de Jesús, indudablemente hubieran caído postrados de hinojos á sus pies, y cautivos con las efusiones dulcísimas de tan celestial, inaudito y sorprendente amor, hubiesen comprendido, saboreado y admirado aquellas otras misteriosas y trascendentales palabras de Jesús: «*Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria mía.*»

¡Oh! ¡Nuevo prodigio! ¡Nueva maravilla! Es como si el Señor dijera: «Amadísimos discípulos míos: voy á salir de este mundo y á volver al Padre; voy á dejaros en esta mansión terrena, pero mi corazón no consiente apartarme de vosotros; voy, pues, á morir por la salvación de todos los hombres; pero antes de exhalar mi último suspiro, quiero darme á vosotros, quiero daros mi vida y mi espíritu, quiero unirme íntimamente á vuestro propio ser, para endiosaros, al modo que en este mundo es posible; quiero daros mi carne y mi sangre, mi alma y mi divinidad, bajo las especies de pan y vino: «*Tomad y comed; este es mi cuerpo; tomad y bebed, esta es mi sangre.*»

Y para que ni á los discípulos, ni á nosotros, ni á ningún hombre pudiera nunca haber duda de la vehemencia de su amor, dijo á los Apóstoles: ¡Oh! ¡Cuánto tiempo hace que he deseado ardientemente celebrar esta Pascua con vosotros, antes de padecer y morir por el mundo entero! En verdad os digo, que este es mi testamento y mi última voluntad: *os preparo el reino (celestial), como mi Padre*

le preparó para mí, para que comáis y bebáis á mi mesa en mi reino (1).»

Tal es, amados míos, el sentido que hacen las palabras sacramentales de nuestro adorable Redentor, citadas por San Pablo en la Epístola de este día, y porque es muy dulce y provechoso para el corazón cristiano saborear el amor que entrañan, quiero indicaros ahora la necesidad que tenemos todos de corresponder á este fino, tierno y delicado amor.

## PUNTO 2.º

### DE CÓMO ES PRECISO CORRESPONDER AL AMOR EUCARÍSTICO

«Carísimos discípulos míos—dijo Jesucristo á sus Apóstoles—sois pescadores de peces; venid conmigo y os haré pescadores de hombres.» Vosotros echabais al mar las redes para capturar algunos pecillos que os sirvieran de alimento; desde hoy será vuestra comida hacer la voluntad de mi Padre celestial, y os afanaréis en pescar á los hombres con las redes de mi amor y doctrina evangélica, para que yo les sirva de alimento en la sagrada Eucaristía. Antes erais pescadores materiales para sustentar vuestra vida terrena; de hoy más seréis pescadores espirituales para alimentar vuestras almas y obtener vida eterna é inmortal.

Sí, amados míos; esto fueron los Apóstoles, esto fueron sus sucesores en el apostolado y esto procuramos ser los sacerdotes en la Iglesia de Cristo. Somos, por la gracia de Dios, pescadores de vuestras almas, y para atraeros á las redes celestiales, digoos en verdad que no encontramos mejor anzuelo, ni mejor atractivo que la sagrada Eucaristía, compendio de las maravillas divinas, amor de los amores de Dios, y Sacramento de los sacramentos, donde Cristo nuestro Redentor *derramó sobre los hombres todas las riquezas de su dilección sagrada* (2).

La Eucaristía es el fuego del amor divino que inflama en nuestros corazones el ardor de la caridad; porque en ella es donde Jesucristo, Dios y hombre verdadero, es todo caridad y todo amor (3). ¿Quién no ha de amar á Jesucristo, y no ha de entregarse entera-

(1) Ego dispono vobis, sicut disposuit mihi Pater meus regnum, ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo. (Luc., XXII, 29-30.)

(2) Divini sui erga homines amoris divitias velut effudit. (S. Concil. de Trent. Sess. 13, 2.)

(3) Deus charitas est. (I Joann., IV, 8.)

mente á El, puesto que El se entrega enteramente á nosotros? ¿Quién al comulgar no considera que recibe en si mismo el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo?

Es verdad que el hombre no lo ve con los ojos materiales; ¿pero dejará por eso de sentirlo en su espíritu y de comprenderlo con la luz de la fe, que eleva, perfecciona y sublima su entendimiento? Jesucristo en la Eucaristía es un Dios escondido, que no quiere ser visto, ni examinado, sino *creído, alabado, reverenciado, amado y adorado*. He aquí nuestra obligación durante todo el tiempo de nuestra vida terrena, y desdichado es el hombre que no cree, alaba, reverencia, ama y adora á Jesús en el Sacramento de su amor.

Al esconderse Jesucristo á las miradas de nuestros pobres ojos, hizolo con altísima sabiduría y con infinito amor. Trataba nada menos que de dársenos en alimento, de hacerse comida nuestra; pero ¿quién se atrevería á comerle, si le viera con sus propios ojos materiales? Su divinidad, océano de luz, nos habría deslumbrado, y para que así no sea, la oculta bajo el velo de su sacrosanta humanidad. Mas su humanidad como unida á la persona del Verbo, también nos habría retraído de tomarla, y en tal previsión se dignó añadir nuevo prodigio ocultándola bajo las especies de pan. Con tan admirables y divinas trazas, realizadas con su Omnipotencia por puro amor hacia nosotros, ya se hizo fácil y suavísimo, lo que de otro modo fuera duro é imposible.

¡Bendito sea el Señor Jesús Sacramentado, que por tan ingeniosos, inauditos é inefables modos, quiso dársenos en manjar suavísimo para alimento de nuestras pobres almas! Cuando el Sacerdote, revestido del poder divino, lleva en sus manos al gran Dios de cielos y tierra, para darlo en alimento á los fieles cristianos, y les advierte el gran prodigio que ha obrado la consagración, nótese bien, que no les dice: «He aquí el Rey de eterna majestad, el Rey de la gloria; he aquí el Dios de la eternidad, que produce el trueno y lanza el rayo; he aquí el soberano Juez de vivos y muertos..., temblad, mortales...», sino que, tomando en sus labios las dulces y consoladoras palabras de San Juan Bautista, exclama: «*He aquí el Cordero de Dios*» (*Ecce Agnus Dei*); como diciendo: «He aquí la mansedumbre por esencia; he aquí la víctima humilde inmolada para la salvación del mundo, destinada á ser alimento de vuestras almas en señal de alianza con la Divinidad.»

Notad bien, amados míos, esta circunstancia. ¡Jesús sacramentado se nos da á nosotros, como Cordero inocente, manso y benigno, lleno de suavidad y dulzura, para unirnos á su sagrada perso-

na, para fortificarnos, divinizarlos y colmarnos de toda suerte de bienes! ¿Cómo, Señor, os unís á pobres criaturas, á gusanos de la tierra, á gentes rebeldes y no siempre agradecidas? «¡Oh amor de Dios!—exclamó Santa Magdalena de Pazzis. ¡Oh amor! ¿Por qué no ha de ser el Amor amado y también reconocido de sus propias criaturas? ¡Oh Jesús mío! ¿Por qué no tengo una voz bastante fuerte para hacer que me oigan hasta los confines del mundo? En todas partes publicaría que este Amor debe ser conocido, amado y estimado como el único verdadero bien. ¡Oh Amor, Amor! Si no sabéis dónde abrigaros, venid á mí, que yo os daré dulce morada.» (En su vida.)

De esta manera se expresaba aquella Santa virgen ardiendo su corazón en llamas vivas del amor divino. ¿Qué habremos de pensar y decir nosotros, después de haber considerado, en nuestra Epístola, las palabras del grande Apóstol? ¡Oh! Diremos que el Corazón sacratísimo de Jesús al instituir la divina Eucaristía, rebosaba amor infinito para con todos los hombres; diremos con San Agustín (Tract. 48, in Joann.), que Dios, siendo Omnipotente, no pudo darnos más; que siendo sapientísimo, no supo darse más; que siendo riquísimo, no tuvo más que dar: diremos que la Eucaristía encierra el beneficio de la creación, de la redención, de la justificación, de la glorificación y de todos los bienes: diremos que Ella es el milagro de los milagros, el amor de los amores, la obra maestra de Dios; diremos, en fin, que es el Sacramento de los sacramentos, el fin y la consumación de todos ellos y el amor infinito de Dios dado á los hombres con bondad infinita, para endiosarnos cuanto es posible en la tierra y llevarnos después á las eternas mansiones del cielo. Amén.

## HOMILÍA 2.<sup>a</sup>

### Para el día del Corpus.

#### La Cena eucarística.

**H**ERMANOS míos amadísimos: *El Señor está en su templo; calle y enmudezca en su presencia toda la tierra.* Esto que dijo el Profeta Habacuc en sus días, es lo mismo que yo pudiera deciros ahora, al considerar presente en nuestros altares el cuerpo,

la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. El mejor sermón para este día del Santísimo *Corpus Christi* sería postrarnos humildes ante la presencia augusta de Jesús Sacramentado, y adorar en silencio el soberano misterio que no podemos comprender. Mas como deciros algo es preciso para cumplir mi sacerdotal misión, quiero poner á vuestra consideración las palabras, divinamente inspiradas, de San Pablo en la Epístola de la presente solemnidad. Dice así el grande Apóstol:

«Hermanos: *El Señor Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan y dando gracias lo bendijo, lo partió y dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de Mí; porque cuantas veces comiereis este pan... anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga.*» (I Corint., XI, 23 á 27.)

Cinco acciones de Cristo nuestro Señor, amados míos, indica aquí el Apóstol: 1.<sup>a</sup>, *Tomó el pan*; 2.<sup>a</sup>, *Dió gracias* á su Eterno Padre; 3.<sup>a</sup>, *Bendijo* el mismo pan (1); 4.<sup>a</sup>, *Lo partió*; 5.<sup>a</sup>, *Lo distribuyó* entre sus discípulos diciendo: «TOMAD Y COMED; ESTE ES MI CUERPO.» ¡Cuánto misterio! ¡Cuánto prodigio! Declarar algo el sentido de dichas acciones, según los sagrados Expositores, es lo que ahora me propongo, y para ello me ceñiré á dos puntos:

- 1.º A lo que Jesús hizo en la Eucaristía.
- 2.º A los fines que se propuso.

#### PUNTO 1.º

##### ACCIONES DE JESÚS EN LA NOCHE DE LA CENA

Todas las acciones de Cristo nuestro Señor sobre la tierra son admirables y merecen ser atentamente consideradas, pero ninguna con más veneración y respeto que las realizadas en la institución del Santísimo Sacramento.

En la noche de la Cena—dice nuestra Epístola—esto es, *en aquella misma en que fué entregado, TOMÓ JESÚS EL PAN.* (*Accepit panem.*) No pan común, sino pan ácimo (2), pan sin levadura, pan de

(1) Así lo expresa S. Matth., XXVI, 26.

(2) *Hinc credimus Christum in azymo consecrasset. Greci vero, decepti falsa Joannis XVIII, 28, interpretatione, putant quod Christus Pascha celebravit uno die ante Judeos, seu ante diem Lege statutam. Hinc in pane fermentato consecrant.*